

# JUAN PABLO I TRANSICION HACIA UN NUEVO PAPA

JON SOBRINO

El 26 de agosto con la fumata blanca llegó el anuncio y la sorpresa de un nuevo Papa. El cardenal Albino Luciani, Patriarca de Venecia, desconocido en el gran mundo eclesiástico de las curias y la diplomacia, fue elegido nuevo pastor de la Iglesia en un tiempo record. Los cardenales aunaron sus votos en favor de un hombre fundamentalmente pastoral con larga experiencia en el día a día de una parroquia; convencido catequista, que ha publicado un libro con el título "catecismo en migajas"; sencillo y humano, que ha paseado su arzobispado en las góndolas de Venecia y correteado sus calles en bicicletas; bastante tradicional en teología, pero abierto a lo nuevo, como cuando en el caso de la libertad religiosa discutido en el concilio reconoció que con las teorías tradicionales "nos habíamos equivocado". Por último, con un inconfundible sabor a la pobreza. De niño caminaba descalzo en el verano para no gastar las suelas de los zapatos y para que alcanzara el sueldo de su padre, obrero socialista varias veces emigrante; y de arzobispo mandó vender los cálices y casullas de oro de la diócesis para atender a los necesitados.

Sí había revelado ciertamente una personalidad muy propia, libre y bondadosa. No cabe duda de que, dentro de lo que permiten los primeros gestos más bien simbólicos, se había ganado una honda simpatía. La mayor simplicidad de su introducción al nuevo ministerio papal, al nuevo servicio —como él había definido la antigua y pomposa coronación—, su conversación abierta y sonriente, su libertad de interrumpir el protocolo en las audiencias, sorprendiendo y hasta poniendo nerviosos a los veteranos de la curia romana, eran todos gestos de una personalidad bondadosa, sencilla, humana y libre.

Muchos intufan en este modo de ser la necesaria libertad, para que el ministerio papal no quede encerrado en la intrincada burocracia que se apodera de las curias sean éstas del Vaticano, de obispos o de nuncios. Era el dato más significativo del nuevo papa: el no estar prejuizado por lo que necesariamente tiene de lastre y anquilosamiento la curia vaticana. o el trabajo meramente diplomático y ofrecer por lo tanto un mayor cauce de libertad al Espíritu de Dios, que siempre se ha posado más en los pobres y en quienes a ellos se acercan que en los símbolos del poder y del control.

Hasta aquí algunos brochazos de la personalidad de Juan Pablo I y con ellos la esperanza de un símbolo. Su muerte súbita deja abierta e inconclusa la gran tarea de la continuación del Vaticano II. Deberá ser la tarea del nuevo Papa.

Esta tarea es de largo alcance y puede ser comprendida de diversas maneras. La primera manera sería pensar que en los documentos del Vaticano II se da ya la totalidad de la nueva conciencia eclesial de la cual habría que ir solamente aplicando sus virtualidades. Pero esto es histórica, pastoral y teológicamente insuficiente. Lo que se le presenta al nuevo Papa no es sólo la tarea cuantitativa de incorporar a la vida eclesial algunos principios del Vaticano II todavía no suficientemente presentes. Con ser ésta una tarea necesaria e importante no es sin embargo la más urgente y significativa. La tarea verdaderamente importante es la de incorporar decididamente la nueva vida eclesial que los documentos del Vaticano II desencadenaron; asumir la historia presente de la Iglesia en aquellos documentos que son inevitablemente anteriores a dicha historia.

Esto es de suma importancia sobre todo para



América Latina donde se ha generado una novedad de vida eclesial desconocida y que sobrepasa los marcos teóricos y pastorales del Concilio. La Iglesia, pueblo de Dios que peregrina en la historia, se va concretando cada vez más en sus mejores realizaciones como Iglesia de los pobres. Estos no son ya sólo los destinatarios privilegiados de la acción ética de la Iglesia, sino su razón de ser, su núcleo a partir del cual se organiza evangélicamente todo lo que en la Iglesia hay de institucional y estructural. El pecado del mundo se va concretando y va apareciendo cada vez con mayor lucidez como lo que da muerte a las mayorías en estructuras injustas y violencia institucionalizada. La fe en Jesús y en el Padre de Jesús se va viviendo cada vez más como el seguimiento de la vida de Jesús, seguimiento encarnado y que produce tanto la esperanza como el conflicto. Estos no son cambios eclesiales de poca monta. Si el Vaticano II ayudó a desencadenarlos, el Vaticano hoy debe incorporarlos con todo lo que tienen de novedad y conflicto para que se realice la más profunda intención del concilio: que la Iglesia sea sacramento y signo de salvación.

En esta nueva forma de ser Iglesia en varios lugares del mundo y ciertamente entre nosotros se está recuperando no sólo en la teoría sino en la práctica del día a día el origen neotestamentario de la Iglesia. Y por ello desde esta novedosa realidad eclesial y sin anacronismos simplificadores podemos ver el servicio, el ministerio papal desde una perspectiva más evangélica y por ello también más actual. La elección de un pastor, más que de un diplomático u hombre de curia, indicaría el deseo de que el sucesor de Pedro sea como aquél, en primer lugar y fundamentalmente, pastor (Jn 21, 15-17). Pero de Pedro se dice además que fue roca, es decir, fundamento

no primariamente de lo institucional sino de la fe y de la realidad de la vida cristiana. Ser roca no es sólo tener una autoridad formal—grave tentación de líderes también eclesiásticos— sino una verdadera autoridad moral, un liderazgo real basado en la propia vida y praxis.

Desde la realidad histórica y eclesial de nuestra América Latina queremos formular algunos deseos al nuevo Papa para que en verdad sea nuestra roca, fundamento de nuestra fe. El nuevo Papa debe hacernos recordar al Pedro que “no tenía plata ni oro” (Hech 3.6), cuya única riqueza es el evangelio de Jesús, y por ello preocupado de que la avaricia y la acumulación no envenenara la vida cristiana (Hech. 5,1-11) y animador de que los cristianos pusieran todas las cosas en común (Hech. 2,44; 4,34s). Sólo que a esto hay que añadir hoy los mecanismos estructurales que empobreciendo deshumanizan a grandes mayorías de nuestros pueblos. No será pequeño servicio del nuevo Papa que nos siga recordando y urgiendo gravemente a los cristianos la ineludible tarea de poner todas las cosas en común, también a través de cambios estructurales. Será un inapreciable servicio a la fe de nuestras Iglesias.

La libertad de espíritu del nuevo Papa estaría también exigida por la libertad de Pedro, proveniente de su fe. Pedro comenzó su primer discurso con unas terribles palabras: “Ustedes han matado a Jesús” (Hech. 2.23), lo que le costó la persecución, las cárceles (hech 5,17; 12,3) y el martirio. Pero en todo triunfó su libertad, pues como dijo ante el sanedrín: “Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres” (Hech. 5.29). También al nuevo Papa le tocará predicar y denunciar a quienes matan al justo. Le tocará mostrar que “la palabra de Dios no está encadenada” (2Tim 2.9) en un mundo en el que reina la opresión.

Tampoco el nuevo Papa podrá evitar las querrelas intraeclesiales, aunque sea la roca de la unidad. Lo que ocurriría en los comienzos: "Yo soy de Pablo, yo soy de Apolo, yo soy de Pedro" (1Cr. 1.12) sigue ocurriendo hoy. En Europa será Lefebvre; entre nosotros es el trágico y bochornoso espectáculo de conferencias episcopales divididas, división manipulada y utilizada por los poderosos. No podemos ser ingenuos con respecto a la unidad de la Iglesia, pues la unidad es siempre algo a realizar en presencia del pecado del mundo que se introduce en la Iglesia y la divide, y en presencia de las consecuencias desagradables para quienes eligen como principio de unidad a Jesús de Nazaret, perseguido y crucificado. Pero no será pequeño servicio a la fe de nuestras Iglesias que el nuevo Papa apoye la verdadera unidad de nuestra Iglesia, basada no en aparentes ortodoxias y ni siquiera en convencionales muestras de sumisión a la Santa Sede, sino en el servicio sincero al Jesús que sigue sufriendo entre las mayorías. No será pequeño servicio que el ministerio de la unidad, que él ejercita desde Roma, lo extienda en nuestros países a través de cardenales, obispos y nuncios verdaderamente evangélicos.

Al expresar estos deseos para el nuevo Papa somos bien conscientes de la responsabilidad propia de nuestras Iglesias. No se trata de que un Papa solucione desde Roma todos nuestros problemas, de que su voz venga lejana y desde fuera, de que sólo sepa-

mos de él que tiene una autoridad formal a la que hay que obedecer. Se trata de ofrecerle una Iglesia que pueda oír su palabra evangélica y reconocer en ella la voz del verdadero pastor; y, a la inversa, se trata de que el pastor universal pueda también oír la voz de nuestra Iglesia sin filtros curiales, siempre que en ella esté la fe de todo el pueblo, el clamor de los oprimidos y la esperanza depositada en Jesús.

Ojalá que algún día el nuevo Papa tenga tiempo para escribir una carta a los pobres de América Latina. Ojalá pueda decirnos que su fe se ha fortalecido con la fe de los oprimidos de nuestro continente —al fin y al cabo el Papa es también nuestro hermano que necesita de la fe de otros—, y que con ella puede realizar mejor su labor evangélica de pastor universal y animarnos a la vez en nuestra propia fe. Un Papa evangélico es aquél que tiene un **evangelio** que anunciar, una buena nueva. Y hoy como en tiempo de Jesús la buena nueva reza: "A los pobres se les anuncia el reino de Dios" (Lc 6.20).

Que el nuevo Papa llegue a ser "el Papa de los oprimidos" puede parecer un slogan demasiado oportunista y levantará sin duda las protestas de los poderosos. Sin embargo esto es lo que esperan millones de oprimidos en nuestro continente y en todo el mundo. Y esto es lo que hará de su servicio y ministerio único un servicio eficaz y creíble. Será la roca en que encuentren fundamento la fe, la esperanza y el amor eficaz de los pobres de Jesús.



**EN CAPILLA ARDIENTE. Ciudad del Vaticano, octubre 1º. El cadáver del Papa Juan Pablo I**